



YA NO VAMOS A LA PLAZA (II)

Con este título se puede leer cuanto han cambiado los tiempos en los últimos años.

La Plaza ya no tiene el interés o la relevancia que tuvo en otros tiempos. Las cosas y nosotros mismos hemos cambiado tanto que YA NO VAMOS A LA PLAZA.

Hace ya algunas décadas, en el pueblo teníamos una forma de vida distinta a la actual. Para muchas de las actividades cotidianas, nos reuníamos en La Plaza que era el centro de interés principal del municipio. Lo que le daba vida a la localidad. Con poca memoria que se tenga, recordaremos que a La Plaza se iba para casi todo.

Los hombres en busca de un empleo, que bien podía ser solo para una sola jornada. En La Plaza se formaban corros al anochecer de personas que necesitan un trabajo, si se precisaban obreros, se sabía dónde encontrarlos.

Los mozos para esperar la novia que por allí pasaría. Los muchachos (entonces éramos muchachos, no chicos, ni niños) decíamos a nuestros mayores me voy a jugar a La Plaza. Teníamos diferentes juegos dependiendo de la estación del año. En invierno teníamos que correr para evitar los fríos, unos para hacer prisioneros, y otros para rescatar a los rehenes (Rescate). De ahí viene el nombre del juego aquel que en las frías noches La Plaza estaba llena de muchachos corriendo en todas las direcciones. En las anochecidas de verano, nos podíamos sentar en las aceras y tomar el fresco, contarnos cosas, alguna aventura o chistecillo. Se jugaba a los disparates, a la correa por detrás, al pañuelo y tantos y tantos juegos que teníamos, nos divertían, nos entretenían y no tenían coste alguno. En invierno la plaza se quedaba desierta después de que llegara el coche de línea.

A La Plaza se le sacaba provecho siempre. Había acontecimientos por lo que ir a La Plaza. En los días de bodas, acudía el pueblo entero porque había que ver a la novia en ese día tan importante de su vida. Muchas personas de las allí presentes estaban "convidados" pero también había curiosos y algún desocupado. ¿Y qué mejor sitio donde ir que a La Plaza? y más si había boda. Para celebrar el acontecimiento y animar a los presentes se tiraban caramelos, bolas de anís y almendras. Si la boda era de posición hasta pesetas rubias, mientras, alguien gritaba ¡Viva los Novios! ¡Viva el acompañamiento!

Una cosa ya desaparecida desde hace varios años es el sorteo de los futuros soldados. Bonitos días cuando los quintos se ponían a pedir con una espuerta de esparto en las principales calles que nacen de La Plaza. Entre los diferentes obsequios, se podían ver los billetes verdes de duro y los azules de 25 pesetas, algo de calderilla. En la espuerta, no había billetes de colores más llamativos, pero sí aceptaban obsequios en especie, como algún conejo o cuelga de chorizos entre otras cosas. Estos quintos alegraban la mañana con sus cantos de *Ya se van los quintos Madre, ya se va mi corazón*.

En vísperas de Navidades, el último miércoles de mercado antes de las pascuas, en aquellos inviernos duros de

frío y lluvias, ese día se celebraba a lo grande, porque era día especial.

A La Plaza, acudían muchas tartanas y carretones que venían de diferentes puntos de la comarca para vender las mercancías propias de las fechas, castañas, nueces, piñones etc. Ahora el mercado está más distante. Otro motivo por lo que no se va a La Plaza.

En los escaparates de las tiendas ofrecían los turrones, mazapanes y algún otro producto propio de pascuas. Y siempre estaba la llamativa Cesta de Navidad con artículos, algunos desconocidos, pero todos deseados, se sorteaba el 22 de diciembre, el premio sería para la papeleta que coincidiera con las cuatro últimas cifras del gordo de la lotería nacional.

Las fiestas patronales (antes era La Feria) ya en vísperas de la celebración de las fiestas en honor de nuestra patrona la Virgen del Rosario. La Plaza se engalanaba con banderas en los balcones, banderitas y luces de colores. En el corredor del ayuntamiento dos bonitos luminosos con bombillas de varios colorines se exhibían el escudo local y nacional. En esas fechas llegaban las primeras tómbolas, caballitos o casetas de tiro, y las barcas, de instalación constante en la esquina del convento. De alguna forma te ponían nervioso porque en los días previos de la feria ya celebrabas la festividad. Te ilusionabas con la programación de las próximas fechas y porque todos los acontecimientos se hacían en La Plaza.

Así era antes, en años de nuestra niñez, donde La Plaza era principal protagonista del vivir cotidiano. Ahora todo su territorio ha sido conquistado por los coches. Las novias pasan en lujosos autos con destino a la iglesia. Los Quintos, hace varios años que dejaron de ser necesarios al cambiarse por un ejército profesional. Las fiestas con todos sus casetas caballitos y tómbolas se trasladaron a la periferia. El mercado de los miércoles, también se le busco nueva ubicación. Nada es como antes, La Plaza al faltar tantas cosas, está triste. En algunas horas del día está sola. Su tristeza es por todo lo que ha perdido. Pero lo que le causa más pena es que en La Plaza ya no juegan los muchachos.

Vicente Almarza de Gracia

